

PROLEGÓMENOS A UNA ESTÉTICA MARXISTA

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN

De hecho, apenas se comienza a crear una estética marxista que, desde luego, debe adelantar la reverencial sumisión antimarxista de las últimas décadas y los planteos diseminados en los textos de los fundadores del marxismo. Se ha abusado del determinismo, del condicionamiento económico —conceptos distintos— sobre todo al simplificarlos: es grande la complejidad de la interacción, que suele ser indirecta y escondida. Ya en Marx y Engels hay señalamientos de la influencia de los factores espirituales entre sí y sobre las estructuras. Se ha reconocido la influencia de ideologías y formas muy alejadas en el tiempo y en el espacio. Dudo que en época alguna el artista haya estado de acuerdo con la sociedad y la condición humana, y que su obra fuera —como la nombra Schiller— “creación natural”. El hombre nunca estará realizado: tiene sentido de lo infinito. En el socialismo también se escribirán novelas de evasión.

Es riguroso y abierto el ensayo de Sánchez Vázquez “El destino del arte bajo el capitalismo”, que forma la segunda mitad del volumen *Las ideas estéticas de Marx*. El ensayo se funda sobre todo en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*: Marx contaba sólo veintiséis años. Louis Althusser insta una “ruptura radical” entre el Marx de antes y después de 1845. Sobre la alienación, en parte, apoya Sánchez Vázquez sus puntos de vista. Michel Verret estudia la alienación (*La Nouvelle Critique*, julio-agosto, 1965) y nos dice que se ha vuelto un “concepto mágico por el cual todo se evoca y todo desaparece. Porque pensar todo bajo un solo concepto es ya no pensar”. Sánchez Vázquez razona con matiz y enjundia, metódicamente: la obra como mercancía de cierto orden particular dentro de una sociedad mercantil a la que está sometido el creador, la sociedad toda. Y surge un arte de protesta, de subversión o de evasión, en el cual resalta la hos-

tilidad del mundo capitalista. Arte y trabajo, creación y producción, su separación, “pero tampoco se oponen radicalmente como pensaba Kant”. Hegel subraya el vínculo. La obra de arte logra “rebasar el marco de lo útil material” con una “utilidad fundamentalmente espiritual”, de naturaleza “distinta pero no opuesta” en su origen. El arte como trabajo antienajenante, como plenitud. Recordemos la diferencia que establece Roland Barthes entre *écrivain* y *écrivain*. Sobre todo, démonos cuenta —¡cómo olvidarlo!— que Marx, Engels, Lenin, Zdanov, Jruchev, basaban sus juicios sobre la estética de la “belleza clásica”, tradicionalista, decimonónica. Los griegos, el Renacimiento. Nuestro gran museo aún no se llama Museo de Arte Precolombino sino de Antropología.

El marxismo ha investigado primordialmente el aspecto socio-económico del arte, con amplitud y singular dominio. Su aportación a la estética, con tal orientación y tales límites, es sobresaliente. El problema central va más allá de estos aledaños, pero cada día hay mayor profundidad y agudeza en el enfoque marxista que, hasta hace poco tiempo, fue sectario, limitado y dogmático. Por presunta auto-defensa habíase llegado a tales extremos en la degradación de las ideas marxistas que éstas reclamaban algo así como una vindicación. El libro de Sánchez Vázquez pertenece a la línea de los nuevos trabajos que vuelven al cuestionamiento para que la doctrina no se inmovilice y deje de ser, como ha solido, mistificadora. Esto es importante. Lo que hoy incumbe es sobrepasar a Lukács, Fischer, Garaudy y otros. Superar la inercia académica y cobrar nuevo impulso. Defender a creadores como Picasso, Klee, Joyce o Kafka ya no es sólo innecesario sino que sería ponerse en ridículo. Ahora se debe distinguir a los nuevos creadores. La visión del marxismo en sus orígenes no puede ser igual a la visión del marxismo de hoy. Así lo comprende Sánchez Vázquez. Hay nuevas realidades.

A pesar de las condiciones que Sánchez Vázquez nos muestra en el capitalismo, mucho grande se ha producido en la ciencia, la técnica y el arte. El autor señala hasta la aparición de un nuevo arte: el cine. La oferta y la demanda obligan a la competencia, a la enajenación. Sin embargo, no son mercaderes los grandes creadores. Se impusieron en vida o póstumamente. El mercado no decidió su creación. No descuidemos el examen de la realidad a partir de las excepciones

generales que parecen no confirmar regla alguna, pero que encarnan brillantemente a su época. ¿Hasta qué punto el artista puede escapar al mundo capitalista? ¿En proporción a su genio creativo? La obra de arte en sí y luego los mecanismos en la sociedad burguesa, donde su valor de uso contiene también valor de cambio, aunque “contradiga la esencia misma del arte” y encaje “sólo en cierta escala, sobre todo en determinadas ramas del arte”, en el sistema económico capitalista y “se deje sentir con fuerza y la ley fundamental de la producción capitalista”: la plusvalía. El productor se halla inmerso en ese mundo predominante que rige a la obra: ésta, pase o no por el mercado, es valor de uso y valor de cambio. Estimo que como trabajo productivo el trabajo artístico excelente no pierde lo específico, lo que guarda de trabajo concreto y cualitativo superior, y no se transmuta “pura y simplemente en mercancía”. No hablo de la fabricación de cuadros, de la *littérature a l'estomac*. El poder de la obra de arte es tal que el mundo capitalista no logra su perfecta cosificación. Algunas veces la generalización parece tajante; otras, más matizada y compleja, como cuando estudia “El arte y las masas” y temas siguientes. Afortunadamente, no hay una teoría marxista “monolítica” del arte, y se reconoce en el mundo socialista “la falta de selectividad con que fue pronunciado el veredicto despiadado de ‘decadente’ sobre los más diversos fenómenos del arte occidental” (Ylia Fradkin). La situación cambió con el XX y XXII Congresos que demostraron la inmensidad de la enajenación en el mundo socialista. Pocos disientían de las esquemáticas rutinas inamovibles.

¿Cuál ha sido el destino del arte en el socialismo? La revolución social ¿necesita el conservatismo estético? ¿Es la sociedad de cualquier tipo hostil al arte? ¿Un arte conservador es característico de una sociedad en revolución? ¿Lo contrario? Es demasiado temprano para conocerlo. Apenas se está en los albores. Aún no se puede juzgar porque lo ocurrido es opuesto a la esencia del socialismo. A tales puntos no alude Sánchez Vázquez (no es el tema), pero sí sería un ensayo complementario. El “dirigismo” artístico, el dogmatismo, el “utilitarismo onmímodo” (como lo llama Fischer), el burocratismo, el culto a la personalidad han causado daños tan radicales que no sólo detuvieron la investigación sino que la estorbaron o la combatieron. La li-

bertad de creación, para el florecimiento cabal de la personalidad, será compatible con las leyes de la producción material socialista. Aquello de prender una sola ruta es infantilmente reaccionario, es contra el arte y supone, entre otras cosas, una sociedad estática. Tal dogmatismo condujo irremisiblemente a la copia y al academismo.

En la Edad Media el arte sirvió a la propaganda: no había otros recursos para ello. Hoy, como dice Sánchez Vázquez, *el arte de masas*, “del hombre-masa”, cosificado, sirve mejor cuando más arte cosificado es. Para Marcel Duchamp el arte “es sólo un segundo violín en la expresión social”. Cuando la Alemania nazi, la URSS staliniana o los Estados Unidos (*The New Yorker*, “Art Galleries”, 25 de mayo de 1963) desapruaban formas nuevas de expresión artística lo hacen con sentido utilitario y fines diferentes. Pero, habiendo estructuras distintas ¿a qué se deben estas coincidencias parciales? La propiedad privada, los mecanismos capitalistas ¿no son tan condicionantes? ¿Es más condicionante el Estado en sí que las propias bases económicas? ¿Por qué no desmontar sus mecanismos? En la reflexión sobre el arte (estética, historia, ciencia, filosofía, crítica...) lo excepcional se manifiesta conspicuamente como conciencia y como misterio. Al ampliar la conciencia en arte ¿ampliamos el misterio? ¿Es menos ardua una metafísica que una estética? No sólo hacer suposiciones implícitas sobre el arte en el socialismo, sino dilucidar la vida artística en las décadas ya vividas con desarrollos obligadamente aún incipientes y con presiones e influencias burguesas. El estudio marxista de las enajenaciones y contradicciones en el socialismo nos daría luces sobre el problema debatido, aunque todavía esté lejano el salto del “reino de la necesidad” al “reino de la libertad”.

Un libro valioso, rico en conceptos y deslindes, digno de los honores de la polémica, bien organizado en lo que, hasta ayer, ha propendido a investigar la estética marxista, que había dejado distante la creación misma, el definir su eficacia, la complejidad de lo específico, la jerarquía de los valores, tal las filosofías del arte basadas, de un modo u otro, en condicionamientos —psicológicos, históricos, sociales, metafísicos, económicos, biológicos... Aún nos encontramos perplejos ante la obra de arte, repitiéndonos como Rimbaud: “Vous ne comprendrez pas du tout, et je ne saurais presque vous expliquer”.

Más el marxismo que el propio pensamiento estético de Marx está fundando una reflexión que irá más allá del carácter social del arte y de sus condiciones: a la naturaleza total de la experiencia estética. ¿Existe ya una estética marxista? Estamos en los prolegómenos.